ENCICLOPEDIA estudiantil

REVISTA SEMANAL

APARECE LOS JUEVES

Nº 26

Año I
22 de Diciembre de 1960

ÍNDICE

La biblioteca 2
El grito de Ipiranga 4
Piratas y corsarios 5
Los esquimales ... 8
Fauna americana . 10
El nacimiento del ferrocarril 12
Sulfamidas y antibióticos 14
Jesús 16
La Cueva del Guácharo 18
Pedro Antonio de Alarcón 19

PRECIO

ARGENTINA	$ 12.—
COLOMBIA	$ 4,25
COSTA RICA	C 1,25
CUBA	$ 0,20
CHILE	E° 0,20
ECUADOR	S. 4.—
EL SALVADOR	C. 0,50
ESPAÑA	ptas. 20
GUATEMALA	Q. 0,20
HONDURAS	L. 0,40
MÉXICO	$ 2'50
NICARAGUA	C 1,50
PANAMÁ	B/ 0,20
PERÚ	S/ 5,00
PUERTO RICO	$ 0,20
R. DOMINICANA	$ 0,20
URUGUAY	$ 1,80
VENEZUELA	Bs. 1,00

LA BIBLIOTECA

LA palabra *biblioteca* deriva del griego: "bibliothéke" ("biblion": libro, y "théke": caja); etimología con que se indica el lugar donde se conservan los libros.

La primera biblioteca de la que tenemos noticia data de unos 4.000 años atrás y se atribuye al monarca egipcio Osimandias, quien la habría fundado en Tebas y, considerándola lugar sagrado, hizo poner en su entrada la siguiente inscripción: "Laboratorio medicinal del alma". Esto es al menos lo que nos cuenta el historiador Diodoro Sículo, que vivió en el siglo I antes de J. C.

Quizás sea cierto, pues se ha encontrado, de esa época, una serie considerable de papiros cuidadosamente enrollados y guardados en jarras, dispuestas en estantes con toda la apariencia de una biblioteca. En uno de esos papiros se halló una "historia del marino náufrago", que nos recuerda a Robinson Crusoe.

Los egipcios, en efecto, acostumbraban conservar sus escritos en papiros: especie de papel elaborado con la médula de una planta del mismo nombre, convenientemente prensado y pegado por su borde, formando rollos hasta de 50 metros.

En la antigua Mesopotamia, los sumerios también tuvieron bibliotcas en la misma época. De ellas se han exhumado colecciones hasta de 30.000 tablillas inscriptas y dispuestas en orden. Ya se sabe que esos pueblos escribían en tablas de arcilla mediante incisiones cuneiformes que quedaban indelebles con la cocción del material.

No se han encontrado bibliotecas de la antigua Babilonia, pero se sabe de cierto que las tuvieron, en sus templos y palacios, donde las tablillas eran guardadas en tinajas convenientemente clasificadas en los estantes.

En las ruinas de la ciudad de Nínive, a orillas del Tigris, Rassam y Smith encontraron en 1872, en el palacio del rey Asurbanipal, una enorme cantidad de tablillas inscriptas: se trataba de la biblioteca que el famoso monarca asirio fundó a mediados del siglo VII antes de J. C. Más de 30.000 piezas clasificadas y catalogadas la integraban. En los bordes tienen anotado a qué tratado corresponde cada una. Muchas de ellas tienen una severa admonición para que el lector inescrupuloso se abstuviera de llevársela. "Al que se llevare esta tabla — dice — abrúmenle Asur y Belit con su ira, y borren su nombre y posteridad de la faz de la tierra". Trasladadas estas tablillas al Museo Británico, se inició su ordenamiento y traducción, tarea ímproba que está muy lejos de haberse terminado, motivo por el cual se desconoce el contenido de tan valioso repositorio.

Una de las primeras bibliotecas de Grecia fue la que el dictador Pisístrato mandó establecer en su palacio de Atenas durante su gobierno (561 a 527 antes de J. C.). También se sabe que algunos personajes tales como Eurípides y Aristóteles tuvieron importantes bibliotecas privadas. Pero las primeras bibliotecas públicas orgánicamente establecidas de las cuales se tienen noticias fueron la que en Atenas fundó Adriano y la de Alejandría. En ese tiempo las bibliotecas tenían las obras copiadas en rollos que se encasillaban en los anaqueles.

La famosa biblioteca de Alejandría, fundada por Tolomeo I hacia el año 290 antes de J. C. y ampliada por su hijo, fue la más importante de la antigüedad. Llegó a tener más de 700.000 volúmenes, y se la ha llamado "Bruchiom". Los faraones de esa dinastía rivalizaron por enriquecerla con obras valiosas, preferentemente con los manuscritos originales. Los sacerdotes, amanuenses e ilustres eruditos cooperaban en tan plausible preocupación. Entre sus renombrados bibliotecarios recordaremos al gran gramático Aristófanes, de Bizancio, y a su discípulo Aristarco de Samotracia (isla griega del mar Egeo septentrional). Esta biblioteca fue completamente destruida por un incendio en el año 48 antes de J. C.

Otra célebre biblioteca de la antigüedad, sólo inferior a la de Alejandría, fue la que fundó en Pérgamo (Asia Menor) el rey Atalo I, en el siglo II antes de J. C. En ella había más de 200.000 volúmenes.

No debe creerse que los "volúmenes" fueran de la forma y tamaño que comúnmente tienen en la época moderna. Por lo pronto, la forma de rollos (ya de papiros, ya de pergaminos) subsistió por siglos. La forma de códice, es decir, con el papel cortado y encuadernado, probablemente no se generalizó antes de la época de Domiciano. Los más antiguos que se conservan datan del siglo IV. Por otra parte, antiguamente, cada canto de un poema (la "Ilíada", por ejemplo) constituía un volumen separado.

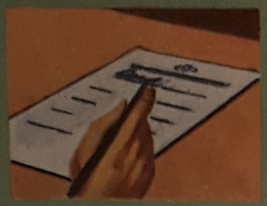
Cuando después de grandes conquistas militares, llegó el dominio romano a Grecia, en muchos ciudadanos de Roma nació el deseo de conocer aquella gran civilización. Las mejores obras griegas fueron copiadas y coleccionadas. Julio César pensó fundar la primera biblioteca pública romana, propósito que, a su muerte, se le encargó al historiador Asinio Polión, quién en el año 37 antes de J. C. fundó, en efecto, en el monte Aventino, la biblioteca proyectada. Otros emperadores fundaron otras bibliotecas públicas: Adriano (siglo I) fundó una en el Campidoglio; Vespasiano (siglo I) hizo construir otra cerca del Foro.

Pero la biblioteca más importante que tuvo la Roma imperial fue la que el emperador Trajano (siglo II) hizo abrir en el Foro, y que fue llamada "Ulpia". En el siglo IV había en Roma 29 bibliotecas públicas. Los cristianos de los primeros tiempos tuvieron su biblioteca, en la cual coleccionaban los códices de la Biblia y otros escritos referentes a su religión. La primera biblioteca cristiana fue fundada en Jerusalén por

Las bibliotecas grandes cuentan con una o más salas de lectura, reservadas para los que desean consultar libros.

Comúnmente, las bibliotecas no dan más de dos libros a la vez. Para obtenerlos hay que seguir el siguiente procedimiento:

En primer término hay que ir a la sala donde están los catálogos. Estos contienen fichas en las que están escritos, por orden alfabético, los nombres de los autores de los libros que hay en la biblioteca.



Hallada la ficha, en la cual está indicado el título del libro y el nombre del autor, debe observarse la "ubicación" del libro en las estanterías de la biblioteca. De este modo se lo encuentra fácil.

Obtenidos estos datos, se transcriben en un formulario especial, en el cual se anotan, también, nombre, apellido y dirección del solicitante del libro; datos requeridos para evitar posibles extravíos.

El formulario es entregado al personal de la biblioteca encargado de distribuir los libros al público. Algunos empleados tienen a su cargo la tarea de retirar de los estantes los libros solicitados.

Finalmente, el libro es consignado al solicitante, el que puede ubicarse en la sala de lectura. Después de la consulta, el libro es restituido en perfecto estado al personal de la biblioteca.

el obispo Alejandro, en el siglo III. A esta siguió la fundada por san Dámaso, en Roma, en el lugar donde luego se levantó la iglesia de San Lorenzo. Durante la dominación bárbara los volúmenes que pudieron ser salvados de la furia de los invasores fueron llevados a los conventos. Para custodiarlos, los monjes formaron verdaderas bibliotecas. Fueron famosas las de san Isidoro de Sevilla en el siglo VI, cuyos copistas recorrían a Europa; Montecasino y Cavia del Tirreno, en Italia; las de San Gall, en Suiza; de San Bonifacio, en Fulda, Alemania; y la de San Martín de Tours, en Francia.

Hay que esperar hasta fines de la época de "los señoríos", es decir, a los siglos XV y XVI, para asistir a un resurgimiento de las bibliotecas en Italia. Casi todos los grandes señores quisieron tener el mérito de fundar una. Así nació la de Mantua por obra de los Gonzaga; la de Urbino, fundada por Federico de Montefeltro y la de Cesena, instituida por Malatesta IV. En 1444, Cosme de Médicis fundó en Florencia una gran biblioteca que, por el nombre de su familia, fue llamada "Medicea". Fue abierta al público en 1571.

Otras bibliotecas fueron instituidas por los Estensi en Ferrara, y por los Sforza en Pavía. Por obra del papa Nicolás V, en el siglo XV renació la biblioteca del Vaticano, fundada en la época medieval por el papa Gregorio I.

Con la invención de la imprenta y la difusión del libro impreso, las bibliotecas se enriquecieron en poco tiempo con un gran número de volúmenes. A partir del siglo XVI fueron abiertas al público numerosas bibliotecas.

La primera biblioteca a disposición del público fue la Ambrosiana, de Milán, fundada por el cardenal Federico Borromeo en 1609.

En 1770, la emperatriz María Teresa de Austria fundó en Milán la biblioteca de Brera, que en la actualidad cuenta con más de medio millón de volúmenes y casi dos mil manuscritos de literatos y hombres de ciencia ilustres. Desde entonces, en todas las principales ciudades de Italia, ya sea por iniciativa privada o por obra del Estado, fueron abiertas grandes bibliotecas.

Para posibilitar que la cultura llegara también hasta los que no viven en los grandes centros urbanos, se instituyeron bibliotecas en las pequeñas ciudades y en los pueblos. Esas bibliotecas, que pueden considerarse las hermanas menores de las que surgieron en las grandes ciudades, fueron justamente llamadas "bibliotecas populares".

IMPORTANCIA DE LA BIBLIOTECA

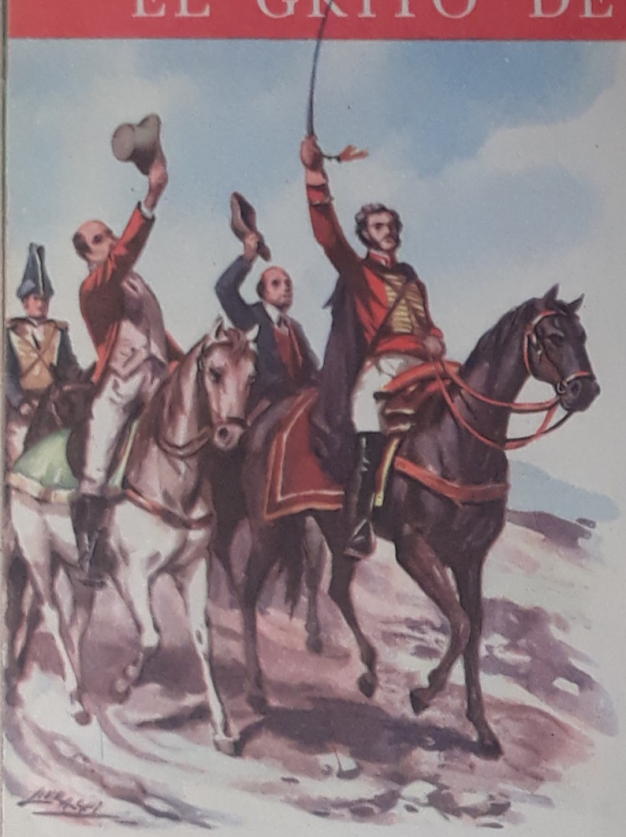
El grado de civilización de un país se mide, más que por el número de sus automóviles, de sus establecimientos o de sus centrales atómicas, por sus bibliotecas. Una nación en que las bibliotecas son numerosas y frecuentadas es muy civilizada.

La biblioteca es una necesidad y una ventaja. Especialmente si hay niños, ¿cómo puede pensarse en educarlos, instruirlos, satisfacer su curiosidad, sin tener cierto número de libros al alcance de la mano? Además, el niño que ve en su casa libros, siente deseos de hojearlos, de consultarlos y de leerlos. Su instrucción, su preparación para la vida, se realizarán sobre los libros.

En nuestros días, los libros están al alcance de todos. Destinando a la compra de libros una pequeña parte del presupuesto, en breve tiempo se puede formar una discreta biblioteca.

Aquí están fichados los 4.000.000 de libros de la Biblioteca Municipal de Nueva York.

EL GRITO DE IPIRANGA



EL REINO DE BRASIL

El territorio de Brasil, descubierto el 22 de abril del año 1500 por el almirante portugués Pedro Álvarez Cabral, se convirtió en posesión de Portugal, gobernada por un capitán general, que a partir del siglo XVIII ostentó el título de virrey.

A fines de noviembre de 1807, la invasión de Portugal por el ejército de Napoleón obligó a la familia real —reina María I, príncipe regente D. Juan, sus familiares y toda la corte— a embarcar precipitadamente, en una verdadera fuga hacia Brasil, adonde llegaría a principios de marzo de 1808.

Durante los trece años que la corte permaneció en Brasil, la corriente liberal conquistó en las provincias a centenares de patriotas que sufrían injustas postergaciones en los cargos o prebendas, frente a los funcionarios venidos de la metrópoli.

El descontento contra la política de D. Juan VI —convertido en soberano desde 1816 a causa de la muerte de la reina Dña. María— dio origen a la insurrección de Pernambuco en 1817, destinada a establecer una república independiente que sobrevivió dos meses, a partir del 8 de marzo de ese año.

Entretanto en Portugal, se planteaba una situación en extremo delicada para el soberano. Con la derrota definitiva de Napoleón en 1815, el país recobró su libertad y esperó ansiosamente el retorno de la familia real. Sin embargo, debió resignarse a soportar un regente.

En el mes de agosto de 1820 estalló la revolución constitucionalista primero en Oporto, extendida después a todo el reino de Portugal. La buena nueva de la convocatoria a Cortes para preparar la Constitución fue recibida con júbilo en Brasil y las provincias formaron inmediatamente sus Juntas Provisionales de Gobierno.

En este instante entra en escena el príncipe don Pedro de Alcántara, enérgico joven de 22 años que, unido a hábiles políticos liberales, tanto portugueses como brasileños, obra sutilmente y hace jurar la Constitución a su padre, el rey don Juan VI, y a todos los súbditos.

Ya no era posible para el rey retardar su partida hacia Portugal. El 24 de abril de 1821 se despidió de su hijo —a quien dejaba como príncipe regente del reino de Brasil— y en una frase admirable le trazó su futuro destino: "Pedro, si Brasil se separa, antes sea para ti, que has de respetarme, que para alguno de estos aventureros". Dos días después la flota se alejaba de Guanabara rumbo a Lisboa, donde iba a enfrentar unas Cortes decididas a quitarle a Brasil las prerrogativas de reino.

INDEPENDENCIA O MUERTE

En las postrimerías del año 1821, las Cortes ordenan en forma categórica el regreso del príncipe regente. Ocho mil brasileños firmaron un petitorio al príncipe suplicando que no los abandonara.

El día 9 de enero de 1822 don Pedro de Alcántara contestó con estas palabras trascendentales: "Pues siendo para bien de todos y felicidad general de la Nación, estoy dispuesto: diga al pueblo que *yo quedo*."

La marcha hacia la Independencia definitiva entraba en su última etapa. Don Pedro llamó a su lado, como ministro de Interior, a José Bonifacio de Andrada e Silva, magnífico estadista y organizador de la futura nación.

Para vencer algunas dificultades políticas, decidió viajar a las provincias. El 14 de agosto iniciaba su jornada inmortalizadora, y el día 25 llegaba a San Pablo acompañado por su fastuosa escolta de 32 mancebos bizarros, todos vestidos de blanco y en fogosos corceles.

El 5 de septiembre galopó a Santos, y al alba del 7 tomó nuevamente el camino entre serranías hacia San Pablo. Adelante avanzaba su escolta que debía esperarlo en el Alto de Ipiranga mientras él, con el Padre Belchior y dos dignatarios, iba a paso lento, embriagándose con el maravilloso perfume de la tierra y gozando del paisaje.

A media tarde se detuvieron y desmontaron junto a la posada de Ipiranga. El descenso fue interrumpido por dos jinetes que en desenfrenada carrera venían en su búsqueda: el mayor Ramos Cordeiro y el mensajero Bregaro, con cartas de Río de Janeiro.

Don Pedro rasgó nervioso los sobres y fue leyendo las cartas y mensajes, uno a uno, pintándose en su rostro el asombro y el enojo, la confusión y la cólera... Habló entonces en voz alta: "tanto sacrificarme y tanto sacrificarse el Brasil entero... ¿Para qué? Sólo pretenden esclavizarnos, pero no lo conseguirán..."

Dirigiéndose ahora a sus camaradas les dijo: "Padre Belchior, coronel Canto e Mello... amigos míos, escuchadme: Portugal envía una expedición para convertirnos nuevamente en colonos. Mi real consorte y mi ministro me llaman urgentemente a la Capital. Hay que decidirse al instante, y yo les daré la única respuesta posible."

Ordenó en seguida al coronel Canto e Mello: "Galope hasta donde encuentre a mi escolta y que me espere".

La guardia que descansaba a la vera del arroyo de Ipiranga montó presurosa y retrocedió en su ruta hacia el príncipe. En lo alto de la colina se reunieron ambos grupos. Eran las cuatro y media: ¡la hora de la libertad de Brasil!

"Camaradas —exclamó el príncipe— las Cortes de Lisboa nos niegan la libertad, cumple por tanto declarar nuestra Independencia. Soldados, seguid mi ejemplo: lazos afuera..." Y en rápido movimiento arrojó el lazo azul y blanco símbolo de Portugal. Levantó su espada al cielo, acción que todos imitaron, y cuarenta láminas desnudas rutilaron besadas por el último rayo de sol.

Hubo un segundo de silencio quebrado por la voz de don Pedro que dijo: "Por mi honra: por mi Dios... juro hacer la libertad de Brasil". Después, alzándose sobre los estribos lanzó su grito —el grito de Ipiranga—, que el viento llevó para despertar al pueblo: "Independencia o muerte sea nuestra divisa..."

Arriba: don Pedro de Alcántara (futuro emperador) proclama en Ipiranga el derecho de los brasileños a ejercer su propio gobierno. Abajo: soldados de la guardia real.

Veleros piratas en las cercanías de la isla Tortuga, en el mar de las Antillas. La isla, protegida por costas altas, sirvió de refugio a los piratas en la segunda mitad del siglo XVII.

PIRATAS Y CORSARIOS

Francisco Drake (pronúnciese drek), el más grande corsario de la historia

"¡HE aquí Panamá!" —exclamó Pedro —. Nos detuvimos y contemplamos durante largo rato, desde lo alto de la colina, el lugar del que fluye todo el oro del mundo. Se podían distinguir los galeones del puerto, la "flota" del Pacífico con barcos llenos de oro del Perú.

Nuestro capitán extendió la mano hacia la bahía. "Mirad —dijo— ese es el lugar donde los españoles cargan sus galeones. Algún día pasaré por allí con todas las velas desplegadas. ¿Os gustaría estar también vosotros?". El lugarteniente Oxenham, antes que ninguno, dijo: "Capitán Drake: aunque me echarais a latigazos, os seguiría!".

Así escribía en su diario, en 1573, uno de los 18 marineros que se habían internado en el istmo para sorprender y robar las caravanas que transportaban fabulosas riquezas a la costa atlántica.

Los 18 marineros, al mando del capitán Drake, formaban parte de la tripulación de dos naves inglesas que algunos meses antes habían desembarcado en una isla deshabitada del mar de las Antillas. El capitán había preparado la expedición con el consentimiento de la reina Isabel, que a menudo se sirvió de los piratas para debilitar la potencia colonial española. Esta reina extendía a los capitanes "patente de corso", es decir, un documento con el cual se demostraba que ese capitán cooperaba con el gobierno británico. En cierto modo, esto volvía legal su actuación. A causa del nombre del documento, tales marineros eran llamados corsarios.

Desde mediados del siglo XVI, y durante todo el siglo XVII, numerosos buques corsarios ingleses surcaron el mar de las Antillas para pillar los galeones españoles o, directamente, saquear las ciudades costeras.

Bajo el reinado de Isabel, la guerra de corso era estimulada en toda forma. La reina protegió y subvencionó no sólo a las empresas de Drake, sino también a la de otros famosísimos corsarios, tales como Tomás Cavendish, Ricardo Hawkins, Martín Frobisher, Jorge Clifford y otros.

En estos lugares se llevaron a cabo, en el siglo XVII, feroces hazañas de los bucaneros.

LOS BUCANEROS

Hacia la mitad del siglo XVII, el poder marítimo español había disminuido sensiblemente. Esto era satisfactorio para el gobierno inglés de esa época, y, consecuentemente, las andanzas de los corsarios disminuyeron. En cambio aumentaron, en torno a las islas y costas del mar de las Antillas, las de los piratas. Para éstos siempre había un barco que atacar o una ciudad por saquear.

Fue en ese período cuando actuaron los bucaneros. Este nombre fue dado primero a los habitantes de Haití. Eran blancos de diversos orígenes que se habían establecido en la isla como colonos. Comían carne que ahumaban sobre el "boucan", artefacto formado por palos usados precisamente para ese fin. Del nombre "boucan" derivó el de bucaneros, que vino a ser sinónimo de piratas.

Una horda de piratas se ha lanzado al abordaje de un barco

Primero fueron simples cazadores y pastores. Cuando la isla se empobreció en productos y salvajina, y los bucaneros no encontraron con qué vivir en los bosques, lo buscaron fuera de la isla, especialmente en el mar. Y siguiendo el ejemplo dejado por Drake y sus hombres, se hicieron piratas: en vez de seguir las pistas de los bueyes, cazaron galeones. Los ingleses que se encontraban entre ellos se llamaban "freebooters" (pronúnciese fribúters) o sea merodeadores, término del que derivaron el francés "filibustiers" y el castellano "filibusteros". Durante un tiempo, los bucaneros se distinguieron de los filibusteros; pero luego los dos nombres sirvieron para designar, indiferentemente, a los piratas de las Antillas y a los piratas en general.

La guarida de los bucaneros estuvo situada, durante mucho tiempo, en una isla muy adecuada para ese fin. Tenía un solo camino de acceso, y alrededor se elevaban costas altísimas y ripios completamente inaccesibles.

Un pirata del siglo XVII en el que puede apreciarse su característica vestimenta.

En muchos libros que narran las aventuras de los piratas a los jóvenes, hay ilustraciones en las cuales los piratas están representados con magníficos vestidos: deslumbrantes túnicas rojas, amplias y vistosas fajas alrededor de la cintura, pantalones introducidos en enormes botas, sombreros emplumados de anchas alas, etc. Pero esto no corresponde a la realidad, especialmente si se desea representar a los piratas de las Antillas que navegaban bajo el sol abrasador de los trópicos. Las ropas, si se las puede llamar así, eran mucho más simples y pobres. Sobre la cabeza llevaban un sombrero descosido o una tela multicolor que la envolvía a guisa de turbante. En el cuerpo llevaban una camisa rústica. Los pantalones eran de cuero o de tejido grueso. Alrededor de la cintura se colocaban una correa o una faja roja; de ella asomaban las pistolas y el largo e infaltable cuchillo. Completaban el atavío anillos en las orejas y tatuajes en los brazos y el pecho. Un conjunto de indumentaria, a tono con su figura siniestra.

Algunos tipos de armas usadas por los piratas y corsarios del siglo XVII

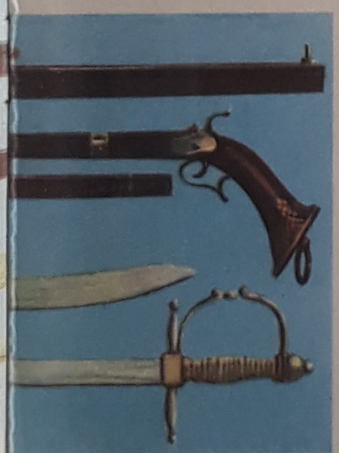
español. La derrota es la muerte: para los españoles, cuyos sobrevivientes serían asesinados; para los piratas, que serían ajusticiados en la horca.

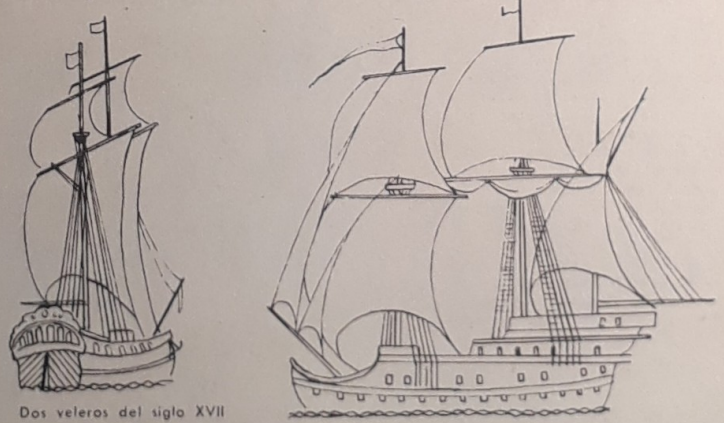
Los descubridores de la isla la habían comparado al dorso de una enorme tortuga, y por eso la denominaron La Tortuga. De ese refugio, y luego de otros situados sobre las costas de Jamaica, partieron las expediciones de los más grandes y crueles piratas de la época: Bartolomé Portoghese, Francisco Nau, llamado "el Olonés", Rock "el brasileño" y Henry Morgan. Estos canallas, que se llamaban entre sí "hermanos de la costa", durante más de medio siglo sembraron el terror en las colonias españolas de América Central, de México y de las costas septentrionales de América del Sur.

TÁCTICA DE COMBATE

Era muy difícil que un barco enemigo, aunque pasara lejos, no fuera avistado por los piratas. Durante las travesías, todos los ojos estaban fijos en el horizonte, porque el primero que veía una presa tenía derecho a un premio. Cuando una vela estaba a la vista, la tripulación tomaba las armas y corría a su puesto de combate. En la proa se colocaban los que estaban armados de mosquete; otros se extendían sobre el puente para no ser vistos. Entre tanto, el timonel conducía el barco a toda velocidad sobre la estela del otro. En esa forma le presentaba siempre la proa, ofreciéndole un blanco estrecho en caso de que disparara.

Una vez junto a la presa, los piratas enganchaban su barco al otro. A una orden del capitán saltaban sobre el puente enemigo. Cuando la tripulación de los barcos atacados se rendía, los piratas se apoderaban de todo lo de valor que encontraban a bordo.





Dos veleros del siglo XVII

LAS LEYES DE LA PIRATERÍA

La vida de los piratas, en lo que se refería a la casa de cada uno, a los deberes hacia sus compañeros, y a los derechos al botín, era regulada por normas escritas que se llamaban "carta partida".

Los feroces piratas, capaces de toda clase de infamias, solían comportarse entre ellos formando una especie de fraternidad délictuosa, nacida a veces en el mismo presidio.

Por eso constituyeron una fuerza inmensa, regida por una disciplina feroz, impuesta por los más fuertes.

La parte de botín de los tripulantes aumentaba en caso de heridas, y cada herida tenía su precio. Así, por ejemplo, la pérdida de los ojos o de las piernas tenía un premio de 600 escudos; la pérdida del pulgar, o del índice de la mano derecha, o de un ojo, 300 escudos; por cada otro dedo, 100 escudos, y así sucesivamente.

A menudo, los barcos y su material eran puestos a disposición de los piratas por una sociedad o un "caballero" particular. En ese caso correspondía a estos cómplices una tercera parte del botín.

LOS ESQUIMALES

EN las inhóspitas "tierras árticas" del continente americano, que se extienden desde Alaska hasta Groenlandia, habita un pueblo de pronunciados caracteres asiáticos a quienes los antiguos indios algonquinos del Labrador denominaron "esquimales" (askimai o esquimantjick: *que comen carne cruda*).

La notable afinidad antropológica de los esquimales con los mogoles induce a suponer que procedieron de Asia. En efecto: la piel amarillenta, los cabellos lacios y negros, los ojos más bien oblicuos y los pómulos salientes, son rasgos típicamente mogólicos. Sin embargo algunos etnólogos creen que se dispersaron desde la región central de la tundra canadiense, hacia el oeste de la bahía de Hudson.

Este mapamundi muestra en rojo, las zonas de las frías e inhóspitas tierras árticas, donde se han instalado los esquimales

Los esquimales son bajos de estatura (1,50 a 1,60). Los hombres suelen llevar el cabello recortado con flequillo; y las mujeres se lo peinan con dos trenzas, con raya en el medio o con un alto copete, según las regiones. Les gusta mucho adornarse (pendientes, tatuajes, etc.), pero es gente muy sucia. Conviven en aldeas de diez o quince viviendas, sin organización política ni propiedad del suelo. Son inteligentes y corteses. Su saludo tradicional consiste en frotarse las narices. Jamás guerrean; y si alguna reyerta llegan a tener, recurren al arbitraje de algún "prinain", o solucionan el pleito mediante un torneo a bofetadas, o con un contrapunto de canto.

Tipo esquimal. *Tipo mogol.*

Puede apreciarse la semejanza fisonómica de ambos.

Por falta de cómputos, no es posible saber con precisión a cuánto asciende la población esquimal, que, por otra parte, tiende a disminuir debido a la elevada mortandad infantil y al hábito del alcoholismo, que adquiriera de los balleneros blancos. Según los cálculos más verosímiles, en Canadá quedan unos 5.000 esquimales; en Alaska, 19.000; en la zona del Labrador, 5.600; en el litoral de Groenlandia, 15.000 y en Siberia unos 1.500.

La religión de los esquimales es animista. Todos los seres tienen, según ellos, un espíritu llamado "tornak", entre los cuales los hay bienhechores y nefastos. Algunas tribus celebran fiestas propiciatorias antes de salir de caza, con máscaras que representan focas, o con otras llamadas "tunghat", que representan a genios benéficos, con las cuales procuran atraer el favor de los dioses malos.

Al esquimal le interesa no provocar el enojo de la diosa Sedna, de quien dependen los animales marinos que ella creó.

El chamán o hechicero, llamado "angekok" preside las ceremonias del culto en virtud del poder que le ha conferido "Tornasuk" (el gran Espíritu del mar), ya promoviendo danzas rituales, ya con prácticas medicinales o funerarias.

Algunas tribus sepultan sus muertos, envueltos en una piel de foca o reno, bajo un montón de piedras, junto con las herramientas que usara el difunto. Otras los entierran con máscaras. Según cierta creencia esquimal, el hombre procede del perro: y según otra, de los peces.

La vestimenta de los esquimales está constituída por un amplio jubón cerrado que se coloca por la cabeza, pantalones, gruesos mitones en las manos y botas de piel de foca, forradas con pieles. Esta indumentaria es más o menos la misma para ambos sexos. Se confecciona especialmente con piel de caribú (reno salvaje), cosida con agujas de hueso y tendones a modo de hilos. Para preparar dicha piel, la raspan con un cuchillo semicircular llamado "ulu", y a veces la mascan para ablandarla mejor.

(1) flechas para pesca (2) arpón para foca (3) dardo para pájaros.

La vivienda típica de los esquimales es llamada "iglú"

A principios de la primavera comienza en las tierras árticas la estación de la caza. Los esquimales se proveen

entonces de las armas y salen en busca de sus presas. La cacería puede ser de caribúes, osos polares, bueyes almizclados o ballenas. Pero la presa más codiciada es sin duda la foca, que proporciona alimento, abrigo y combustible.

La caza de la foca no es fácil, y pone a prueba la habilidad del cazador esquimal. Las focas permanecen tranquilamente largo rato bajo los hielos marinos, y cada cuarto de hora salen a respirar a través de grietas que ellas mismas producen en el hielo con sus patas. Una vez descubiertas las grietas, los cazadores se colocan junto a ellas y aguardan armados con el arpón. La habilidad consiste en saber golpear a la foca en el momento en que saca la cabeza a través de la grieta. Si el cazador no yerra el golpe, no hay ya salvación para la foca, pues la punta del arpón está construida de modo que queda clavada en el cuerpo del animal. Entonces, mientras con una mano retiene a la foca, que lucha por librarse del arpón, con la otra el cazador, armado con un enorme cuchillo, rompe el hielo alrededor de la grieta y ultima al animal.

Luego de la muerte de una foca, se realiza siempre una curiosa ceremonia: se le extrae el hígado que es repartido entre los cazadores, los cuales lo comen sentados en círculo alrededor de la foca muerta. Cuando la presa no es utilizada enseguida, los esquimales la conservan debajo de montones de piedra, a la intemperie.

Para el invierno los esquimales tienen dos tipos de viviendas características según las posibilidades del medio ambiente: unas son casas circulares de piedra, llamadas "carmang", cubiertas con pieles y tierra sobre una bóveda de costillas de ballena. Frecuentemente están soterradas, y se entra en ellas por un pasadizo excavado en la nieve. Otro tipo de vivienda es el "iglú", construido a manera de cúpula con bloques de hielo superpuestos en caracol. Su altura y su diámetro es de unos cuatro metros, tiene ventana y su interior puede ir forrado con pieles. Para iluminarlo y darle calefacción, encienden aceite de foca en lámparas de esteatita. En verano, cuando el deshielo no permite vivir en los iglús, los esquimales se instalan en tiendas cónicas construidas con pieles de foca.

En algunas zonas han adoptado un tipo de casas rectangulares de madera, que no son típicas de su cultura, y que quizás aprendieron de otros pueblos asiáticos.

Vive una familia dentro de cada casa, la mujer ocupada en los menesteres de la comida (salmón, carne de foca, etc.), mientras el hombre sale a cazar. No reprenden a sus hijos, pues suponen que en ellos se encarna el espíritu de algún antepasado.

En la estación estival, algunas tribus viven en cabañas de madera.

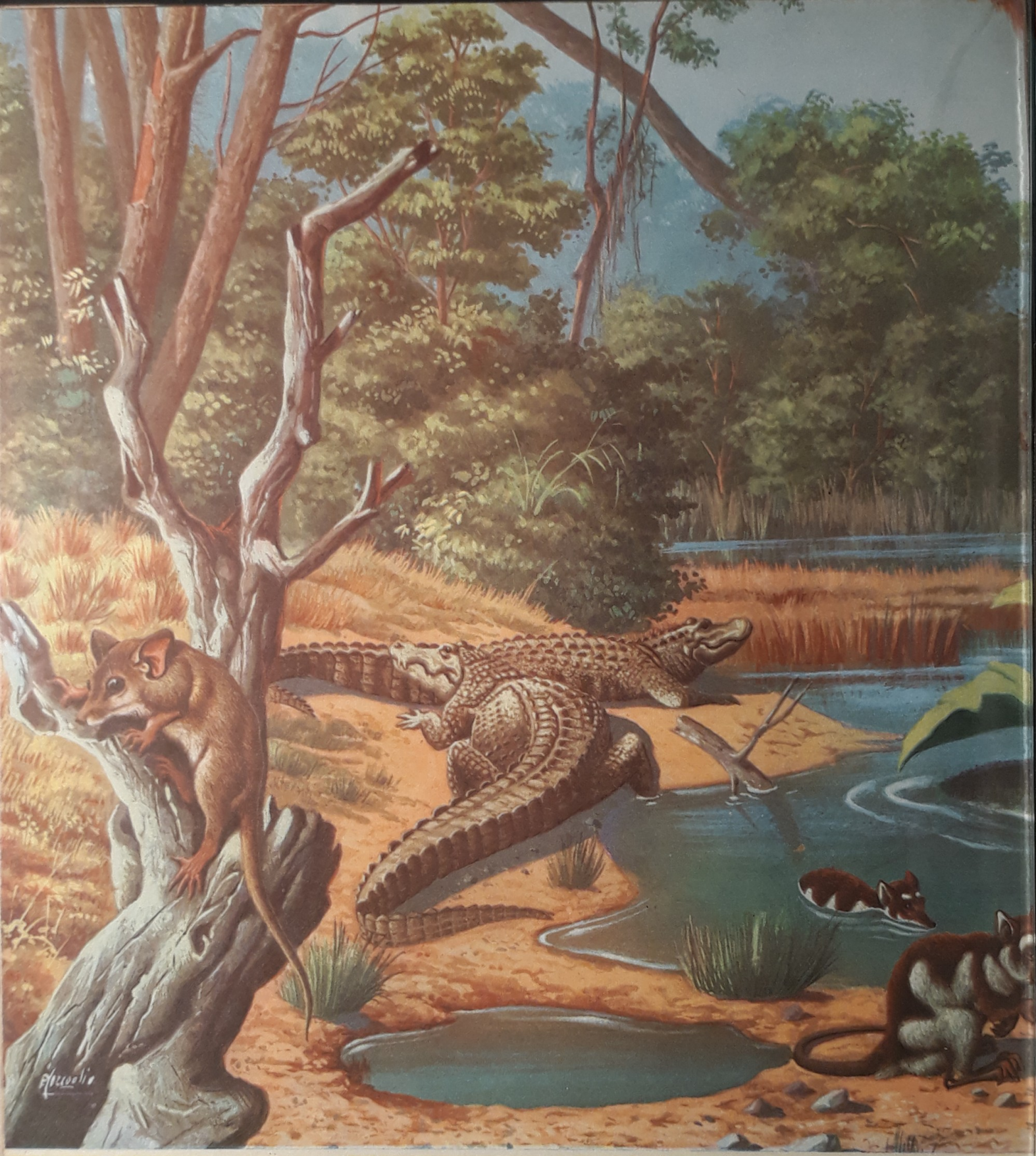
El "cayak", típica embarcación esquimal de piel de foca.

La embarcación típica de los esquimales es el "cayak". Está construido con una armazón de huesos de ballena recubiertos con piel de foca. En su parte superior queda una abertura donde se mete el único tripulante, cubriéndola totalmente con su cuerpo. El cayak es insumergible y mide unos tres metros de longitud por 60 centímetros de ancho. Cuando los esquimales salen a cazar ballenas, sujetan los arpones a los costados del cayak.

También construyen unas embarcaciones abiertas y grandes para transportar mercaderías y personas. Se llama "umiak" y miden unos diez metros de largo por uno de ancho.

Utilizan, asimismo, para su transporte terrestre, trineos y toboganes que se deslizan sobre marfiles de morsa. Y para andar sobre la nieve se atan "raquetas" a los pies.

Un cazador esquimal dispuesto a lanzar el arpón. Si no falla el golpe, no habrá salvación para la foca.



FAUNA AM

(zona tropical

Marmosa - Achocaya - Ratón de los palos (*Marmosa* sp.). Orden: Marsupiales.

Yacaré (Caimán latirostris). Orden: Hidrosaurios.

Cuica o chichica de agua - Yapá - Comadreja de agua (Chironectes minimus). Orden: Marsupiales.

ERICANA
y subtropical)

Perezoso - Perico ligero - Aí (Bradypus tridáctylus). Visto de atrás y de frente. Orden: Xenartros.

Manatí - Guaraguá - Peixe boi (Trichechus manatus y Manatus Inunguis). Visto de costado y de atrás. Orden: Sirenios.

Cabeza de yacaré.

El ambiente que figura en esta lámina y las proporciones que guardan entre sí los ejemplares que en ella aparecen, son convencionales.

EL NACIMIENTO DEL FERROCARRIL

EL primer accidente ferroviario se produjo, precisamente, el día de la inauguración oficial de la gran línea ferroviaria Liverpool-Manchester.

Era el 15 de septiemre de 1830. La construcción del tramo ferroviario que se estaba por inaugurar había costado seis años de trabajo. Bajo la dirección de Jorge Stephenson se habían construido sobre la línea 63 puentes, un gran viaducto de 9 arcos, y se había excavado el primer túnel ferroviario.

Stephenson, que en el futuro sería recordado como el padre de la locomotora a vapor, demostró ser, en esa ocasión, también un extraordinario ingeniero de caminos.

Él mismo guiaba una de las locomotoras, la "Northumbrian", la más potente de las ocho que debían efectuar el viaje inaugural.

La línea ferroviaria era de doble vía. Sobre una de ellas viajaría, sola, la "Northumbrian"; sobre la otra, las restantes siete locomotoras que conducían algunas carrozas, sobre las cuales se hallaban los ministros, las personalidades y otros invitados de honor.

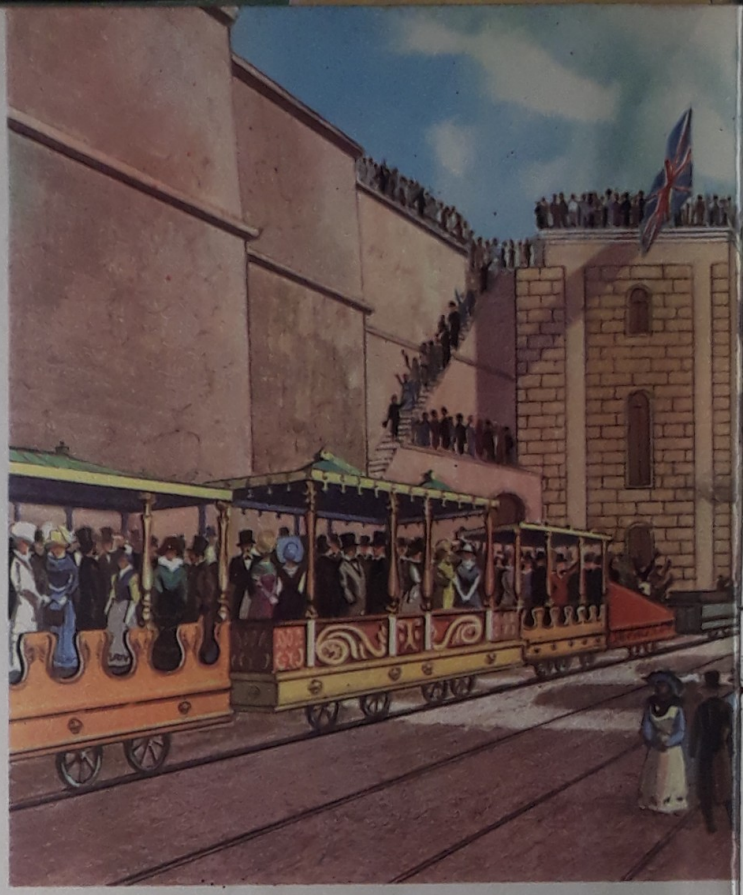
Las carrozas eran fastuosas y estaban muy decoradas; la destinada al primer ministro parecía la tienda de un "rajá"; los costados se hallaban cubiertos de adornos y algunas elegantes columnas sostenían el techo, que consistía en un hermoso dosel.

La vía férrea había sido previamente revisada metro por metro, en el temor de que algún obrero hubiera olvidado alguna herramienta sobre los rieles. Luego los maquinistas verificaron cuidadosamente el funcionamiento de sus locomotoras, ruidosas y humeantes.

El viaje resultó un verdadero triunfo. Todas las máquinas respondieron con docilidad y exactitud a los mandos, dando una prueba del grado de movilidad alcanzado por las locomotoras a vapor. Jorge Stephenson, con su "Nortumbrian", realizó prodigios. Partió el primero y en cierto punto del recorrido se dejó aventajar por todas las otras locomotoras que corrían sobre la vía vecina. Luego, tomando rápidamente velocidad, las alcanzó de nuevo y las superó. En ese momento pareció que corría con su máquina a velocidades vertiginosas, aunque no superaba la de un ciclista.

Cuando llegaron a la estación intermedia de Park Side, las máquinas se detuvieron para proveerse de agua y combustible. Durante la espera, una de las máquinas, la famosa "Rocket" ("cohete"), con la cual Stepehenson, cerca de un año atrás, había hecho maravillas, realizó algunas maniobras demostrativas ante la mirada atónita de los espectadores.

Precisamente durante esas maniobras, uno de los imprudentes espectadores, que descuidadamente había permanecido en medio de las vías, fue atropellado y herido. Para colmo, se trataba de un personaje importante.



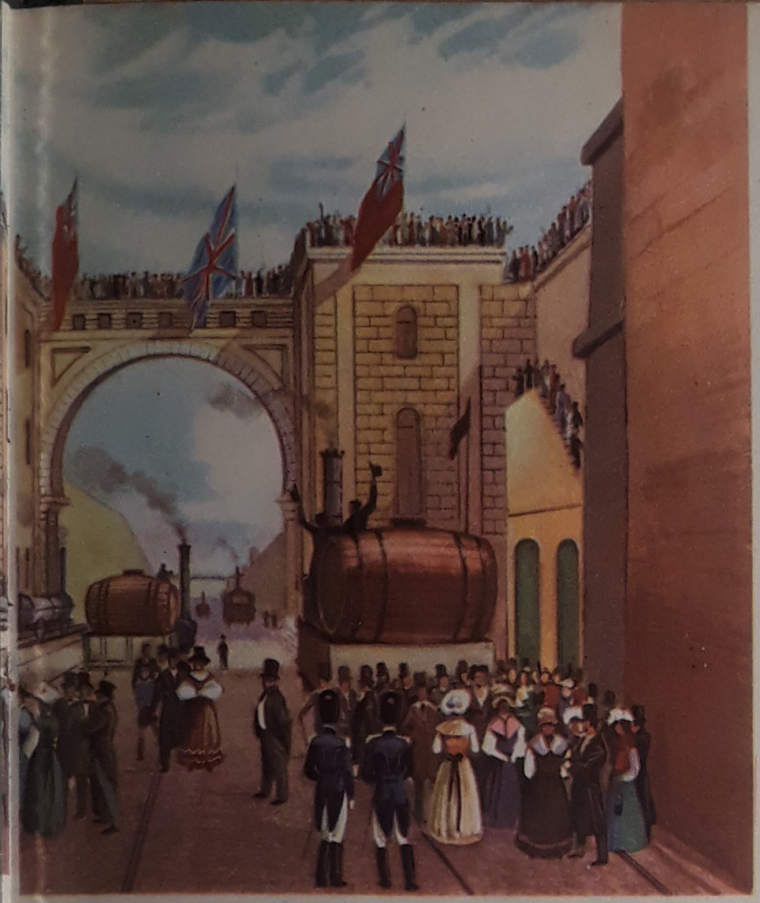
La festiva inauguración oficial de la primera gran línea ferroviaria,

La más antigua locomotora que se conserva en el mundo está en el Science Museum, de Londres. Fue construida en 1813 por William Hedley y prestó servicios hasta 1864.

Estas imágenes ilustran las etapas sucesivas a través de las cuales se alcanzó a realizar la tracción con vapor sobre vías férreas. Observaremos que este invento —como ha sucedido con casi todos los inventos antiguos y modernos— no es obra de un solo hombre, sino de una línea de hombres inteligentes y tenaces. Jorge Stephenson, al cual se atribuye el mayor mérito de la obra, fue sólo el que logró llevarla a término.

También deseamos destacar que esos hombres no han sido los inventores de los rieles ni de la máquina de vapor. Tanto unos como otra existían ya. Lo que ellos hicieron fue colocar un motor a vapor sobre ruedas y éstas sobre rieles.

Un convoy remolcado por caballos sobre vía férrea. Desde mediados del siglo XVIII se había comprendido que los rieles ofrecían, con respecto a los caminos comunes, la ventaja de una menor resistencia al rodado, siendo indispensables para los largos convoyes de vagones.



la Liverpool-Manchester, llevada a cabo el 15 de septiembre de 1830.

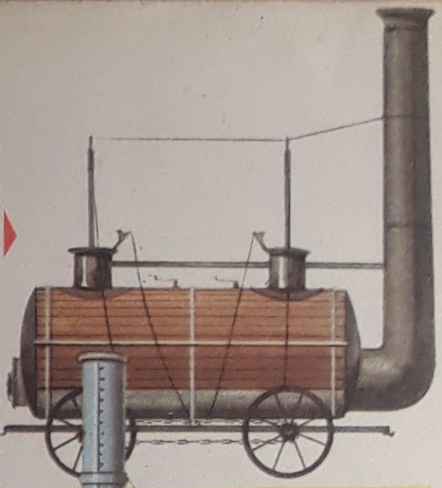
Ese grave accidente venía a apagar todo el entusiasmo y la admiración del público. El temor y la desconfianza que la multitud había siempre tenido hacia esas máquinas de aspecto monstruoso, estaban desapareciendo; pero ahora volverían más fuertes que antes.

—Coloquen al herido en la "Northumbrian" —gritó Stephenson—. Lo llevaré a Manchester.

Todos quedaron estupefactos. La idea de que un tren sirviera para algo importante, urgente y práctico, resultaba extraña y nueva. Pero fue obedecido en el acto. Stephenson se puso al comando de la locomotora, y el transporte se realizó veloz y cómodamente.

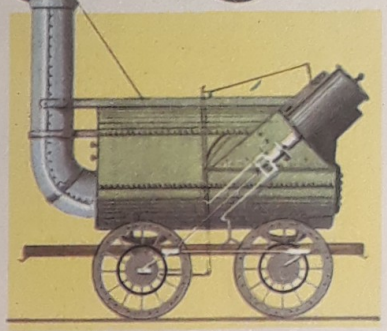
Así fue como lo que parecía un fracaso se convirtió en un rotundo éxito. El tren había brindado su primer servicio.

Una de las primeras locomotoras construidas por Jorge Stephenson (1781 - 1848). Prestaba servicios en 1815 para el transporte de carbón en las minas de Hetton.



EL PRIMER SERVICIO PÚBLICO

El primer servicio público de trenes fue inaugurado el 27 de septiembre de 1825 en la línea Stockton-Darlington, de una extensión de 29 kilómetros. Conducía la locomotora Jorge Stephenson, y el convoy estaba compuesto por treinta y cuatro vagones que transportaron cerca de 600 pasajeros y 90 toneladas de mercaderías.



Un modelo más perfeccionado, construido en 1828 por Roberto Stephenson (1803-1859), hijo de Jorge.

"Rocket" (el "cohete") la famosa locomotora construida por Jorge y Roberto Stephenson.

EL "COHETE"

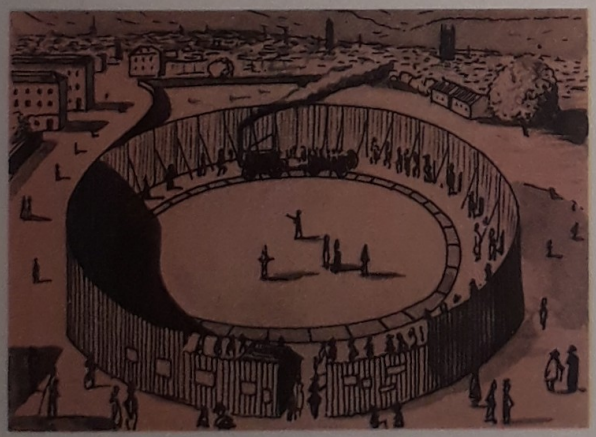
Esta es la locomotora llamada "Rocket", es decir, "cohete", con la cual los Stephenson, en 1829, ganaron el concurso organizado por los directores de la compañía ferroviaria Liverpool-Manchester, entre los que presentaran una locomotora capaz de alcanzar los 16 kilómetros por hora.

Se presentaron, también, otros participantes, como Ericsson, Hackworth y Burstall, una de cuyas locomotoras alcanzó los 45 kilómetros por hora. Pero Jorge y Roberto Stephenson, con su máquina, alcanzaron los 85.

Fue un éxito completo, y la compañía ferroviaria adoptó sin más ese tipo de locomotora.

Con la inauguración de los servicios públicos de la línea, acontecimiento que hemos descripto al comienzo, la tracción con vapor sobre vía férrea podía considerarse definitivamente afirmada.

EL PADRE DE LA LOCOMOTORA DE VAPOR



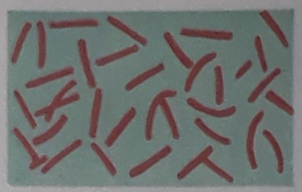
El ferrocarril de Ricardo Trevithick. Londres, 1808.

"Entren, señores, entren. Aquí se puede admirar la maravilla del siglo". Parece que oímos gritar al anunciador en la entrada de la pista que ilustramos. En ella se exhibía la locomotora construida en 1808 por el inglés Ricardo Trevithick (1771-1833). Otra locomotora suya había ya prestado servicio, desde el 21 de febrero de 1804, en Abercynon, para el transporte de los materiales de una fundición.

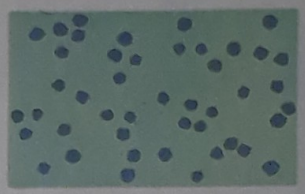
Trevithick es considerado por los técnicos el primer constructor de una locomotora. Sin embargo, no contó con ninguna ayuda. Tuvo que dejar sus tentativas y murió pobre e ignorado.

SULFAMIDAS Y ANTIBIÓTICOS

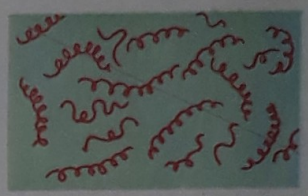
GRAN parte de las enfermedades que afligen al hombre y casi todas las infecciones (tuberculosis, cólera, coqueluche, etc.), exceptuando las debidas a los virus, son causadas por alguna especie de microbios ("micro", pequeño, y "bios", vida). Estos son organismos tan diminutos, que para medirlos es necesario utilizar como unidad la milésima parte de un milímetro, o sea el micrón. Existe un gran número de especies, pero de ellas, felizmente, pocas son dañinas para el hombre o sea patógenas ("pathos", enfermedad, y "gennaos", engendrar, causa). Se las designa generalmente según el aspecto que presentan al microscopio (ver la ilustración al costado).



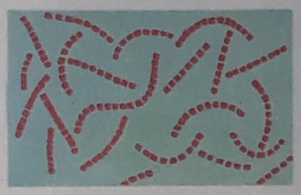
bacilos (en forma de bastoncitos)



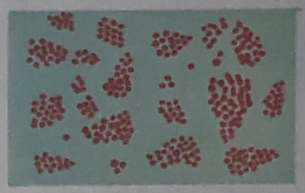
cocos (redondeados)



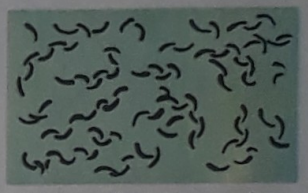
espirilos (en forma de espiral)



estreptococos (bacterias que se disponen en cadenas)

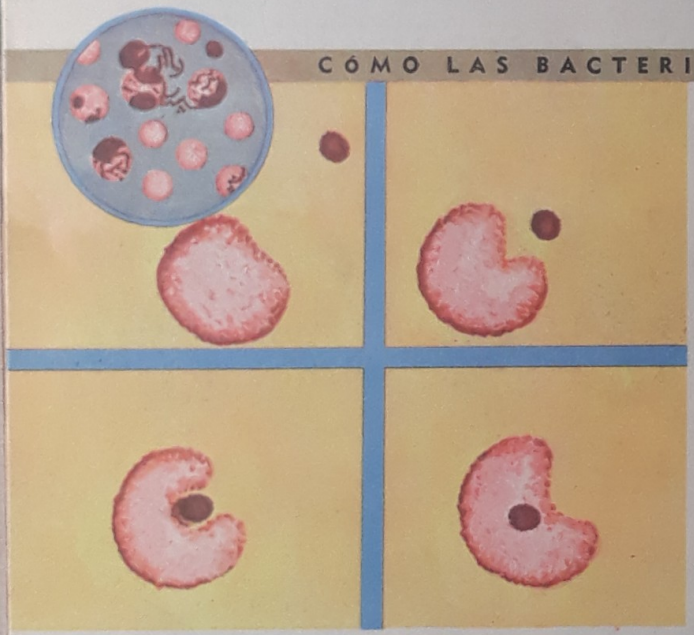


estafilococos (en forma de granos de uva)



vibriones (bacterias en forma de coma)

CÓMO LAS BACTERIAS PATÓGENAS DAÑAN AL ORGANISMO



estreptococos atacados por glóbulos blancos (muy aumentados)

Antes de hablar de las principales sustancias antibacterianas que los investigadores han ido descubriendo, es necesario detenerse todavía sobre estas bacterias patógenas, para saber qué son y cómo llegan a enfermar al hombre. Aquéllas son en realidad, aunque pequeñas, verdaderos organismos y como tales se nutren, se desarrollan, se reproducen y mueren. Pero debemos tener en cuenta que todas son parásitas, vale decir, que viven a expensas de otro organismo, en este caso, del hombre, cuyas células parasitan.

Pero las bacterias, además de vivir de nuestro cuerpo, lo dañan gravemente, llegando a veces hasta destruirlo. ¿De qué manera? Produciendo incesantemente sustancias muy venenosas, denominadas toxinas, que pueden considerarse entre los más potentes venenos conocidos.

No debe creerse, sin embargo, que el organismo permanece impasible ante este ataque de las bacterias patógenas. Él se defiende, ya sea por medio de sus glóbulos blancos, que destruyen los gérmenes, o elaborando sustancias (antitoxinas) que anulan la acción de los venenos microbianos. A veces sin embargo, el ataque de las bacterias es tan violento que los glóbulos blancos son vencidos y no consiguen detener la infección; en estos casos, hasta hace algunos años, poco era lo que se podía hacer y muchas veces el organismo estaba condenado a perecer. Hoy, gracias a algunas sustancias antibacterianas como las sulfamidas y sobre todo los antibióticos, el hombre puede defenderse de cualquier ataque, aun de los más violentos, de estos peligrosos enemigos y rechazarlo casi siempre.

LAS SULFAMIDAS

La historia de la lucha contra las bacterias es bastante reciente. En 1904, el médico alemán P. Ehrlich descubría que un compuesto colorante llamado rojo-tripan era capaz de destruir un germen muy dañino, el tripanosoma que produce graves afecciones, entre ellas la enfermedad del sueño y la enfermedad de Chagas, esta última común en nuestro país. Esto sucedía sin que fueran dañadas las células del organismo. Hasta ese entonces, todos los estudiosos creían que si las bacterias eran células semejantes a las demás, toda sustancia tóxica para ellas, lo sería también para los elementos celulares de nuestro cuerpo. Pero el descubrimiento de Ehrlich demostró que este peligro era, por lo menos en parte, infundado.

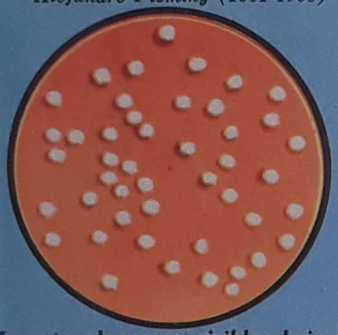
En 1932, el biólogo alemán G. Domagk preparaba un compuesto, el prontosil, capaz de combatir las infecciones por estreptococos y estafilococos. Como este preparado era un producto orgánico de azufre con un grupo amídico, ligado a un núcleo bencénico, se lo llamó sulfamida. Inmediatamente se comenzó a preparar una serie de compuestos sulfamídicos capaces de actuar sobre determinados gérmenes. Pareció que la batalla estaba definitivamente ganada. Pero no fue así, porque pudo comprobarse que las sulfamidas no actuaban contra todos los gérmenes y algunas veces eran perjudiciales para el organismo. Fue necesario seguir la lucha buscando otras armas.

Gerardo Domagk.

Alejandro Fleming (1881-1955)

Antes de continuar, debemos saber qué es un "medio de cultivo". Se conocen con este nombre, una serie de sustancias: agar, caldo de carne, sangre, bilis, tejidos orgánicos, etc., aptos para que los microbios crezcan en ellas y puedan ser sometidos a las experimentaciones y estudios necesarios. Estos medios de cultivo son colocados en tubos, matraces, placas de vidrio, etc., y allí se siembran los gérmenes. Trabajando con estas placas conteniendo medios de cultivo, el bacteriólogo inglés A. Fleming, fue el descubridor de la más poderosa arma contra los gérmenes, los antibióticos.

En 1929, Fleming reparó, que en el centro de una placa en la que estaba cultivando estafilococos, se había formado un moho verdoso, igual al hallado en ciertos alimentos expuestos a la humedad. Quizá otro hubiera tirado la placa, considerándola inútil, pero en cambio, este sabio inglés notó algo de capital importancia: que alrededor de ese moho no existían estafilococos. Esto fue el origen del sensacional descubrimiento de los antibióticos.



En esta placa son visibles bajo la forma de copos de algodón algunas colonias de estafilococos cultivados.

He aquí cómo se presenta una placa de agar, en cuyo centro se encuentra una colonia de moho redondeada. Debe notarse que las bacterias viven solamente en el borde de la placa.

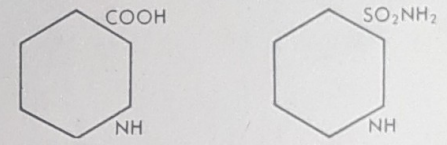
Examinándolo al microscopio, Fleming notó que aquellos mohos eran del género de los "penicilos", con pelos como los de un pincel; por eso llamó "penicilina" a la sustancia destructora de los microbios.

Basado en este hallazgo, Fleming siguió sus experiencias hasta comprobar, en forma fehaciente, que el moho era verdaderamente un elemento capaz de impedir la vida de los microbios. Desde ese momento, con sus colaboradores, no descansó hasta obtener un concentrado de este moho u hongo, que tuviera sus mismas propiedades y pudiera ser utilizado en la lucha contra los microbios. De esta manera, nace la penicilina. Ésta revolucionó el campo de la terapéutica, porque por primera vez un germen era destruido, no por sustancias químicas tóxicas para ellos, como se venía haciendo, sino con una sustancia biológica elaborada por otro organismo inferior como son los mohos. Desde ese entonces un grupo numeroso de sustancias antibióticas fue descubriéndose.

Los antibióticos se muestran muy superiores a las sulfamidas por dos razones: son menos tóxicos que éstas y actúan sobre un número mucho mayor de gérmenes, siendo por tanto usadas contra una gran cantidad de enfermedades infecciosas.

ACCIÓN BACTERIOSTÁTICA Y ACCIÓN BACTERICIDA

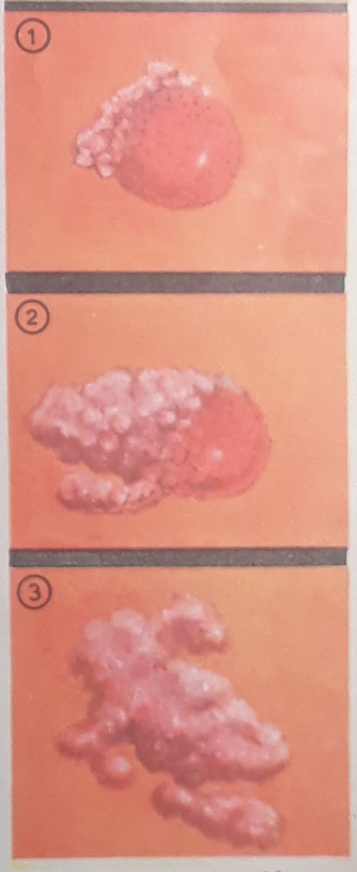
Trataremos ahora, en una forma sencilla, de explicar cómo actúan las sulfamidas y los antibióticos para derrotar a los gérmenes, en la batalla que se libra en nuestro cuerpo, cuando aquellas sustancias son administradas. Todos los organismos vivientes, incluso las bacterias, necesitan, para vivir, determinadas sustancias que son llamadas, genéricamente, vitaminas. Una de éstas, imprescindible para las bacterias, es el ácido para-aminobenzoico. Ahora bien, las sulfamidas tienen una estructura química muy similar a este ácido, como puede verse en la fórmula estructural siguiente:



ácido para-amino-benzoico — sulfamida

¿Qué sucede al administrar sulfamida? Que ésta impide la formación de aquél y entonces la bacteria, por su semejanza, asimila la droga, pero como en definitiva no es lo mismo, el microbio va perdiendo su fuerza y llega un momento en que es incapaz de reproducirse; el organismo entonces puede, con sus medios, destruirlo totalmente. Los antibióticos, en cambio, si bien parecen tener acción bacteriostática, son capaces, por otra parte, de destruir directamente a los gérmenes. Mucho es lo que se ha adelantado desde Ehrlich hasta la vancomicina, uno de los últimos antibióticos descubiertos, pero la lucha continúa, porque los microbios, organismos vivos, también se defienden acostumbrándose a la droga; de ahí la necesidad de no usarlos sino únicamente por indicación del médico.

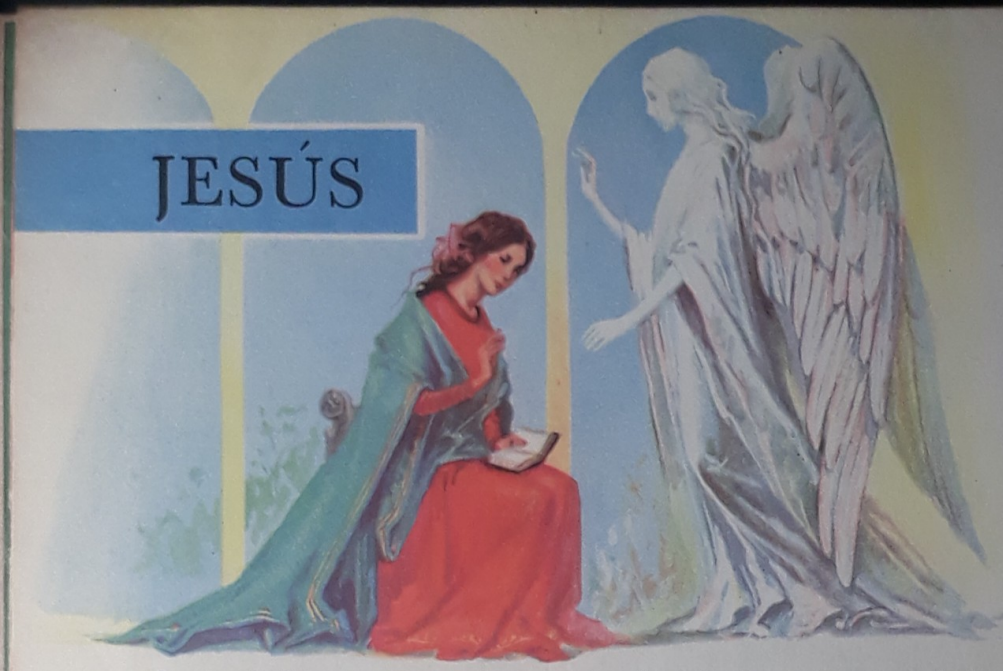
LA DESTRUCCIÓN DE UNA BACTERIA ATACADA POR UN ANTIBIÓTICO.



(1) Estreptococos agrandados 23.000 veces al microscopio electrónico.

(2) y (3) La bacteria se transforma poco a poco en una masa informe hasta su completa destrucción.

JESÚS



La anunciación, según el Evangelio de san Lucas: "Y habiendo entrado el ángel adonde ella estaba, le dijo: "¡Dios te salve, oh llena de gracia!" (S. L. I. 28)

CADA año, cuando va llegando la noche del 24 al 25 de diciembre, todos los pueblos de la cristiandad se aprestan para celebrar sus fiestas navideñas. Unos preparan, con las manos llenas de amor, sus pesebres evocativos; otros erigen sus árboles de Navidad, salpicados de luz y de esperanza; los de más allá aguardan ansiosos los dones del espléndido Santa Claus (Sant Nikolaas de los holandeses); los hermanos cancelan sus reyertas, y por doquier se oyen villancicos transparentes de ternura y de fe.

¿Qué suceso milenario conmueve así el corazón de los pueblos cristianos? Es la Natividad del Redentor. Esta festividad se celebra desde el tiempo de san Telésforo (año 125 a 136?) en fecha variable, pero, a partir del pontificado de san Julio I (337-352) es una fiesta fija.

LA ANUNCIACIÓN

Cuenta san Lucas en su Evangelio (del griego: Eu-angelion: "buena nueva"), que cierta vez — hace poco menos de 20 siglos — se produjo un suceso prodigioso en la pequeña población de Nazaret, en Galilea: el ángel Gabriel (hebr.: fuerza de Dios), se le apareció de pronto a una doncella llamada María, desposada con el carpintero José, y la saludó con estas palabras: "¡Dios te salve, oh llena de gracia! el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres" (cap. I, vers. 28).

La joven se turbó, por supuesto; pero el ángel la tranquilizó diciéndole: "¡Oh María! no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios. Sábete que has de concebir un hijo a quien llamarás Jesús. Éste será grande... y su reino no tendrá fin... El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra..." (vers. 30 a 35).

Reconfortada con estas y otras palabras, dicen las Sagradas Escrituras que repuso María: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". Y enseguida el ángel desapareció.

Este prodigio es lo que la cristiandad llama la "anunciación", es decir, el anuncio del misterio de la encarnación.

"Vengo a daros una nueva que llenará a todos de alegría: hoy ha nacido el Salvador..." (san Lucas, II, 10).

NACIMIENTO DE JESÚS

Jesús nació en tiempos del emperador Augusto, siendo rey de Judea, Herodes "el Grande". La fecha exacta ha sido objeto de insolubles controversias. Generalmente se admite que Jesús habría nacido casi 4 años antes de la fecha tradicional, o sea, de la era cristiana. Cuando en el siglo VI Dionisio "el Menor" introdujo en Roma la cronología cristiana, no advirtió quizás el error; y desde entonces datamos las fechas con esos años de menos.

Aunque a "Jesús de Nazaret" se lo llama así, afirma san Lucas que nació en un pesebre de Belén, cinco millas al sur de Jerusalén, donde María y José se encontraban de paso, por haber ido a empadronarse a Betlehem (Belén), la ciudad de su estirpe. El nombre "Jesús" deriva del griego "Iesous", vocablo que a su vez procede del hebreo "Yexuanj", que significa "Salvador".

"Cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría y sus respuestas" (san Lucas, II, 47).

"He aquí aquel a quien os he anunciado", exclamó Juan Bautista.

EL PRODIGIO DE LA PROFECÍA

Cuenta el mencionado evangelista que, encontrándose una noche ciertos pastores en los alrededores de Belén, se vieron de pronto sorprendidos por el resplandor de una luz divina; y en seguida se les apareció un ángel que les dijo: "No temáis; pues vengo a daros una nueva que llenará a todos de alegría. Hoy ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo o Mesías, el Señor nuestro" (cap. II, vers. 10).

En efecto, los profetas habían venido anunciando desde muchos siglos atrás el advenimiento de un Mesías (del hebr. "mahsiah": ungido, consagrado; en griego: "christós", del verbo "ehrio": ungir, poner crisma). Y el pueblo de Israel lo esperaba con profunda fe.

Acudieron, pues, los pastores a verificar aquel prodigio, que pronto se divulgó por doquier suscitando honda expectativa.

"Mira —dijo un hombre justo a María en la puerta del templo de Jerusalén— este niño que ves está destinado para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción de los hombres" (san Lucas, II, 34).

En efecto: no todos creyeron en el prodigio.

Dicen las Escrituras que cuando Jesús sólo tenía doce años platicó de tal modo con los sabios doctores de Jerusalén, que "cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas". Y decían de él: "¿Cómo sabe éste letras, no habiendo aprendido?".

Cierta vez se encontraba a orillas del Jordán el profeta Juan Bautista exhortando a la gente al arrepentimiento, porque, según decía, estaba próximo el advenimiento del reino de Dios. Algunos pensaron que quizás fuera él, el Mesías anunciado por los profetas; pero Juan lo negó diciendo: "En pos de mí viene uno que es más poderoso que yo, ante el cual no soy digno ni de postrarme para desatar la correa de sus zapatos" (san Marcos, I, 7). Llegó, en efecto, Jesús, —que en ese entonces tenía treinta años— y agregó el Bautista: "He aquí el que quita los pecados del mundo". Y todos quedaron maravillados.

De humildes pescadores hizo sus primeros apóstoles.

PARÁBOLAS Y MILAGROS

En adelante Jesús recorrió las tierras de Judea, Samaria y Galilea, predicando su doctrina de amor y esperanza. Entre sus discípulos eligió a doce hombres rústicos, de humilde condición, y los nombró sus apóstoles. Ellos en su nombre propagarían el Evangelio por el mundo, divulgando su doctrina y milagros.

Sin embargo, fariseos y saduceos no creyeron en él y lo tuvieron por un impostor. Más aún: conspirarían contra él hasta fraguar su muerte. Empero, jamás lograrían deslucir siquiera su bellísima doctrina de redención y amor, que se enraizaría en el corazón de la civilización occidental por los siglos de los siglos.

"¡Lázaro, sal afuera! Y al instante el que había muerto salió afuera... Entonces los pontífices y fariseos se juntaron en consejo y dijeron: "¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros" (san Juan, X, 43).

LA CUEVA DEL GUÁCHARO

ESTAMOS en el oriente venezolano, en el estado de Monagas, a unos pocos kilómetros del límite con el estado de Sucre, en un pueblito que se llama Caripe. Hemos venido hasta aquí pues nos han prometido guiarnos hasta una de las grandes maravillas de la naturaleza en Venezuela: la **Cueva del Guácharo.**

Mucho nos han hablado de la belleza indescriptible de esta caverna natural poblada de estalactitas y estalagmitas, y habitada por innumerables pájaros llamados guácharos. Iremos a verla.

Salimos de Caripe hacia el sudoeste y pronto llegamos a la puerta de la cueva. En el camino nos contaron que consta de tres ramales que suman más de 1.200 metros de longitud y que no ha sido aún completamente explorada. Humboldt se internó 472 metros hasta un salón donde dejó estampado su nombre en la roca; el doctor Beauperthuy la reconoció hasta los 1.200 metros. ¿Quién sabe hasta dónde podremos llegar nosotros...?

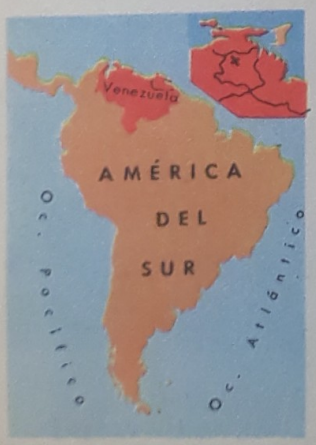
"¡Adelante los hachoneros!", ordena el más autorizado, y varios hombres del contorno, los prácticos, provistos de sus hachos encendidos —manojos de astillas de una madera especial y propia del lugar denominada candil— se ponen a la cabeza de los excursionistas.

Penetramos por el portal, capaz de contener a un pequeño ejército, y la admiración nos hace enmudecer. Brillantes cortinajes cuelgan aristocráticamente de su dintel y de las bóvedas. En los paredones o muros laterales se destaca una diversidad de nichos y grutas, vacíos, como abandonados, y en espera de divinidades que se fueron. Por la derecha del salón viene saliendo claro, transparente, límpido, sobre lecho de fina arena, un riachuelo manso y apacible ordinariamente, pero a veces turbulento y soberbio, pues se da el tono de fuertes crecientes, según información del vecindario. Este arroyo seguirá siendo nuestro compañero hasta lo más recóndito.

Venciendo ya algunas dificultades del suelo, cuya superficie áspera ha sido causa de más de un tumbo, atravesamos la puerta del oscuro **Salón de los Guácharos.**

Desde antes de acercarnos a sus habitaciones, han armado un escándalo espantoso. Sentirnos y empezar su atormentadora algarabía, todo ha sido uno. Millares se han lanzado de sus nidales y revolotean en las sombras, lanzando sus lúgubres lamentos. Pasan a nuestro lado, por sobre nuestras cabezas; percibimos el golpe de sus alas, mas no podemos verlos. En el fondo de la oscuridad, mantón de seda negra rasgado levemente por la llama de los hachos, apenas si observamos el trazo entintado de los pájaros. Guardianes de la noche, consustanciados con ella, custodian admirablemente su imperio. Pero la protesta de su pico y de su ala nada vale contra el intruso. ¡Qué va! Si hasta retando a la muerte no falta quienes se aventuren frecuentemente por los precipicios donde aquéllos tienen sus pichones para pescarlos —igual que a peces— por el interés de su carne y de su grasa. Víctimas de su temeridad y de su audacia, no son pocos los que ya han muerto, desplomados de la altura.

La parte baja y plana del suelo la compone un almacenamiento de guano de quién sabe cuántos siglos, y que permanece inexplotado, intacto. Regadas, y en cantidad considerable, se encuentran allí las semillas de la covalonga, planta que sólo se encuentra en el interior de la Guayana, y cuya fruta sirve de alimento a los guácharos. Esto demuestra la potencia de vuelo de estos pájaros, dada la distancia que han de recorrer durante la noche para procurársela.



El punto señalado con una cruz indica la ubicación de la Cueva del Guácharo en el estado de Monagas.

El ruido continúa ensordecedor, interminable, molesto. Procuramos avanzar. Pero el salón también se nos hace interminable. Y cuando no es sobre guano, donde nos hundimos, nos toca trepar por rocas escarpadas y cortantes. A cada paso la vista tropieza con algo nuevo que admirar.

Ya vamos a dejar este salón. Tenemos que pasar como reptiles, arrastrándonos, por un agujero estrecho, de tierra suelta y húmeda, inclinado, de unos siete metros más o menos de longitud, y que es la puerta para entrar en el **Salón del Silencio.**

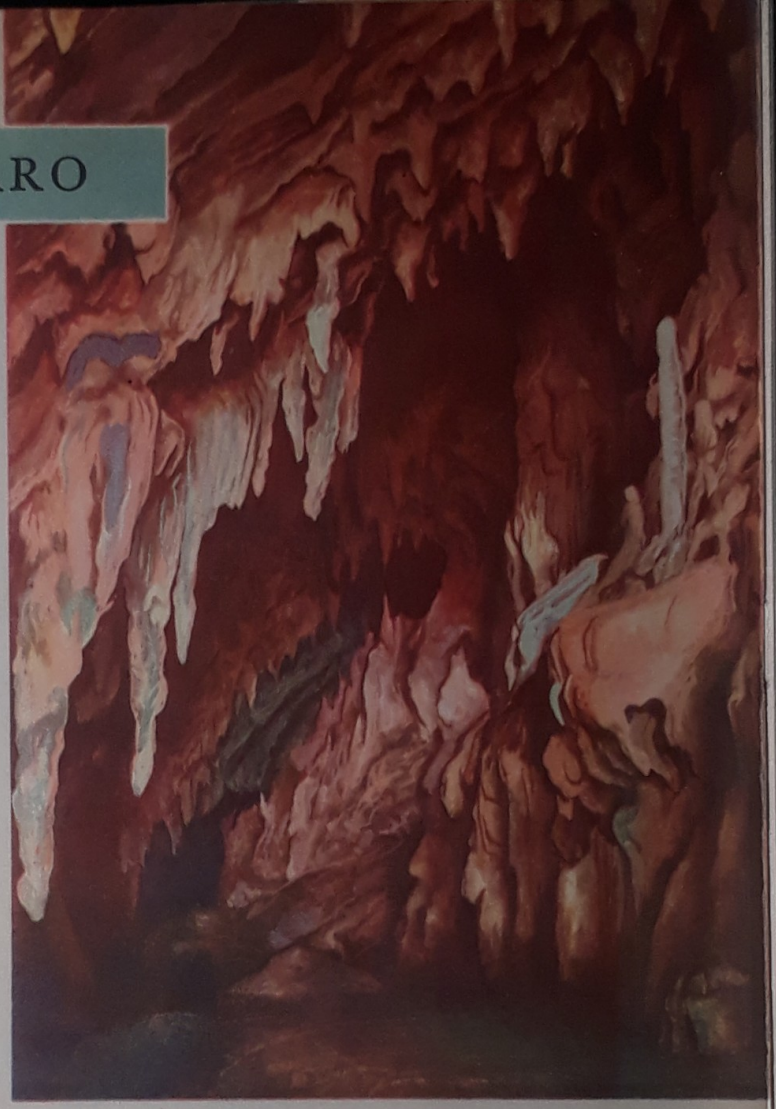
Nos sentimos mejor. La sensación de asfixia va desapareciendo. La respiración, un tanto fatigosa por el humo de los hachos, recobra su normalidad y un aire fresco alivia a los pulmones. Olvidamos lo angustioso del trayecto recorrido, para entregarnos a la contemplación del gran palacio de cristal.

No obstante lo intenso del frío, nuestras ropas están empapadas por una copiosa transpiración. Hemos andado aceleradamente. Los hachos se nos están acabando por lo que hemos de acogernos a una discreta prudencia. Llegamos a un sitio en que el sendero se bifurca. Tomamos hacia la izquierda, y subimos al **Salón Precioso.**

Es un lugar de encantamiento. El nombre que le han puesto nada tiene de exagerado. Muros, cúpula, ábside, grutas laterales, formando una sola pieza de cristal bruñido, o de finos diamantes imbricados, todo él se convierte en un incendio ante la luz de las antorchas. Visión espectacular que deja atónito al espíritu.

Seguimos por la derecha del **Salón Precioso,** y entramos al **Campanario,** de formaciones tubulares de tamaños distintos, tal como un órgano gigantesco, colocadas verticalmente en un orden admirable.

Y vemos también **El Confesionario,** el **Salón de los Tronos,** los **Salones Sublimes, de Rolando, del Viento,** y no seguimos porque nuestros ojos ya están llenos. El asombro y la belleza nos inundan, y salimos de la **Cueva del Guácharo** mudos, emocionados, encantados por su magia fantástica.



Aspecto de la entrada de la Cueva del Guácharo.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

"YO no soy discípulo de ningún don Alberto Lista, grande ni pequeño" — solía repetir Pedro de Alarcón, en rueda de amigos, muy orgulloso de su independencia intelectual, concebida por una sincera pasión de autodidacto a través de Walter Scott, de Alejandro Dumas padre, Víctor Hugo, Balzac, Jorge Sand y Alfonso Karr.

Sus gustos literarios jamás se sometieron a las preceptivas. Por sí solo, sin ayuda de nadie, aprendió el francés y por su propia decisión imitó el estilo cortado y aforístico de Agustín Bonnat, rico en humorismo aparente, en rebuscadas paradojas, en charloteos con el lector, en constantes divagaciones.

Puso en sus novelas malicia y desenfado, sin traspasar los límites razonables; sus relatos están llenos de gracia, naturalidad y belleza; sus personajes, nobles o plebeyos, elevados o ruines, se adaptan a la armonía del conjunto y a la rapidez de la acción; lo característico del diálogo, la riqueza de color, lo típico del paisaje, dan a sus obras las pinceladas de un Goya o de un Ramón de la Cruz.

Narrador nato, cautivó por su españolismo, interesó al lector con sus relatos de viajes y con sus cuentos y, sin cuidar ni pulir la forma, sin crear tipos humanos descollantes ni preocuparse demasiado por la solidez de sus conocimientos, dejó el recuerdo imborrable de principales figuras (el corregidor y el tío Lucas, Frasquita la molinera) y de otras que, no por ser accesorias carecen de fuerza psicológica y contribuyen a renovar la tradición del genuino y rico realismo de la novela española del siglo XVII.

Escribió crónicas de viajes ("Diario de un testigo de la guerra de África", "De Madrid a Nápoles", "La Alpujarra"), novelas cortas distribuidas en tres series ("Cuentos amatorios", "Historietas nacionales", "Narraciones inverosímiles"), y novelas extensas, entre las que "El escándalo" (1875) es la más famosa y discutida y una de las mejores de las letras españolas modernas, a pesar de que muchos la criticaron por su tendencia espiritualista y religiosa.

"El escándalo" nos presenta el carácter de Diego, muy bien estudiado y trazado con rasgos enérgicos; por su amenidad, interés, arte en la composición, en la narración y en el diálogo, así como por la delicadeza y exactitud en las notas de sentimentalismo o de pasión, merece un sitio de preeminencia y conquista con facilidad el aplauso.

"El niño de la bola" (1880), intensa, bella y fuerte, es también épica por lo primitivo de las pasiones puestas en juego, por el ambiente popular que la inspira y, sobre todo, por la figura gigantesca de Manuel Venegas, poseído del fatalismo de los héroes antiguos.

"El capitán Veneno" (1881), "El sombrero de tres picos" y "La Pródiga" (alegato en favor de las leyes divinas y humanas) forman parte del rico bagaje argumental con que don Pedro Antonio de Alarcón deleitó a España y al mundo.

"¡Sí! ¡Nos habíamos salvado! Clara me vendaba la herida..."

FRAGMENTO:

"Dentro del aljibe, podíamos salvarnos los cuatro o, mejor dicho, nos habíamos salvado ya. ¡Nadie imaginaría que estuviésemos en aquel sitio, ni que aquel sitio existiese! Desde arriba, la cisterna parecía un simple pozo. Los franceses creerían que habíamos huido por los tejados de la casa...

Pronto lo dijeron así, entre horrorosos juramentos, mientras descansaban en aquel fresco patio, en medio del cual estaba la cisterna.

¡Sí! ¡Nos habíamos salvado! Clara me vendaba la herida; su madre daba el pecho a Miguel, y yo, aunque temblaba con el frío de la calentura, considerábame feliz, y sonreía... En esto comprendimos que los franceses, devorados de sed, trataban de sacar agua del pozo en que nos hallábamos...

¡Figúrese usted toda nuestra agonía en aquel instante!... Nos hicimos a un lado, y dejamos bajar el acetre hasta dar en el suelo... Ni respirábamos siquiera. El acetre volvió a subir...

—¡Está seco! — dijeron los franceses.

—Arriba habrá agua — exclamó uno.

—¡Se marchan! — pensamos Clara, su madre y yo.

—¿Si estarán aquí adentro? — exclamó una voz en catalán.

—¡Era un "afrancesado"... señor cura! ¡Era un español, quien nos perdía!

—¡Qué disparate! —respondió el francés —. No hubieran podido descolgarse tan pronto.

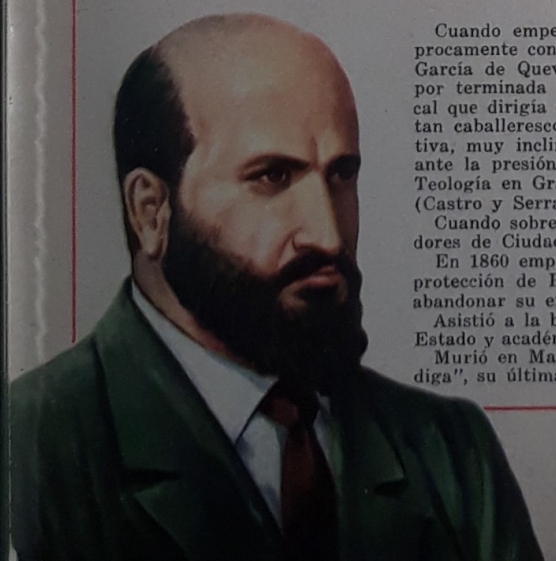
—Es verdad — repuso el afrancesado.

Ignoraban ellos que a la cisterna se bajaba por la citada mina, cuya puerta o trampa, bien disimulada en el suelo de la oscura bodega algo distante, era muy difícil descubrir. ¡En cambio habíamos cometido la imprudencia de cerrar con llave la verja de hierro que cortaba la comunicación entre la cisterna y la mina, y no podíamos abrirla sin hacer ruido!...

Figúrese usted, pues, la cruel alternativa de esperanza y de miedo con que oíríamos aquel diálogo, sostenido por los malhechores en el mismo brocal del pozo...

¡Desde los rincones en que estábamos replegados, veíamos moverse la sombra de sus cabezas en el redondel de luz cenital pintado en el fondo del seco aljibe! Cada segundo nos parecía un siglo... En ésto..., ¡echóse a llorar Miguel! Pero no bien había lanzado el primer gemido, cuando su madre sofocó aquella voz que nos vendía, estrechando contra sí la cara del tierno infante."

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN (1833-1891)



Cuando empezaban a disiparse las brumas del amanecer madrileño, dos duelistas se apuntaron recíprocamente con sus grandes pistolones y casi simultáneamente hicieron fuego. Uno de ellos, Heriberto García de Quevedo, disparó al aire; el otro, don Pedro de Alarcón, no hizo blanco. La querella se dio por terminada sin más trámite y don Pedro volvió a la redacción de "El Látigo", periódico anticlerical que dirigía contra viento y marea y por cuyas campañas tuvo que batirse esa mañana con un rival tan caballeresco como ascético. No le metían miedo estos lances, puesto que era hijo de su propia iniciativa, muy inclinado a seguir los dictados de su voluntad y lo suficientemente terco como para no ceder ante la presión ajena. Había abandonado la casa paterna por este motivo, después de estudiar Leyes y Teología en Granada. Como miembro de la "Cuerda Granadina", había frecuentado a famosos literatos (Castro y Serrano, Manuel del Palacio) y como ellos tenía talento para escalar las posiciones más altas.

Cuando sobrevino la guerra de África (1859-60) se enganchó como voluntario en el batallón de Cazadores de Ciudad Rodrigo e, incorporado al cuartel general, ganó la cruz de San Fernando.

En 1860 emprendió el viaje relatado en el libro "De Madrid a Nápoles" y, vuelto a Madrid, aceptó la protección de Pastor Díaz y de O'Donnell, se reintegró a los periódicos, concurrió a las tertulias, sin abandonar su expresión de indiferencia frente a sus muchos detractores.

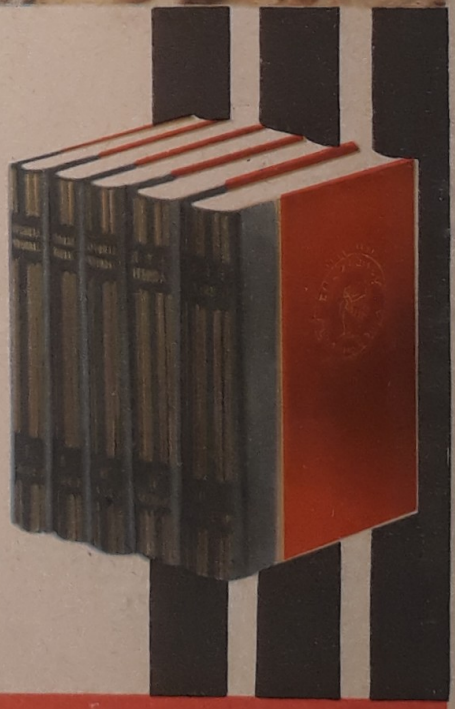
Asistió a la batalla de Alcolea; renunció un cargo diplomático en Suecia; fue nombrado Consejero de Estado y académico de la Española.

Murió en Madrid, decepcionado y triste por lo que llamó "conspiración del silencio" contra "La Pródiga", su última novela.

TODO LO REGISTRA

la extraordinaria colección que Editorial Codex pone al alcance del estudioso y del que aspira a conocer ampliamente los hechos históricos y las manifestaciones artísticas de todos los tiempos.

ENCICLOPEDIA DE LA HISTORIA



3 Tomos de Historia Universal y 2 Tomos de Historia Gráfica del Arte. Obra de gran jerarquía, escrita por verdaderas autoridades en la materia. 5.000 reproducciones en negro y 192 páginas a todo color.

Exquisita encuadernación a dos colores en lujoso estilo francés y papel de primera calidad. Formato: 27 x 20 cm. Puede adquirirse en cuotas mensuales.

EDITORIAL CODEX S. A. **BOLIVAR 578 - BUENOS AIRES**

ENCICLOPEDIA ESTUDIANTIL. Publicación Semanal Ilustrada del conocimiento humano para la juventud. Director: Nicolás J. Gibelli. Editada por Editorial Codex S.A. Dirección y administración: Bolívar 578. T. 30-8177. Buenos Aires, Argentina.

© Copyright By Fratelli Fabbri Editori, S.R.L., Milán, Italia, años 1959 y 1960. Copyright By Editorial Codex S.A. Buenos Aires, año 1960 para la edición castellana. Registro de la Propiedad Intelectual Nº 655.248.

Correo Argentino Central B — TARIFA REDUCIDA — CONCESION Nº 6458